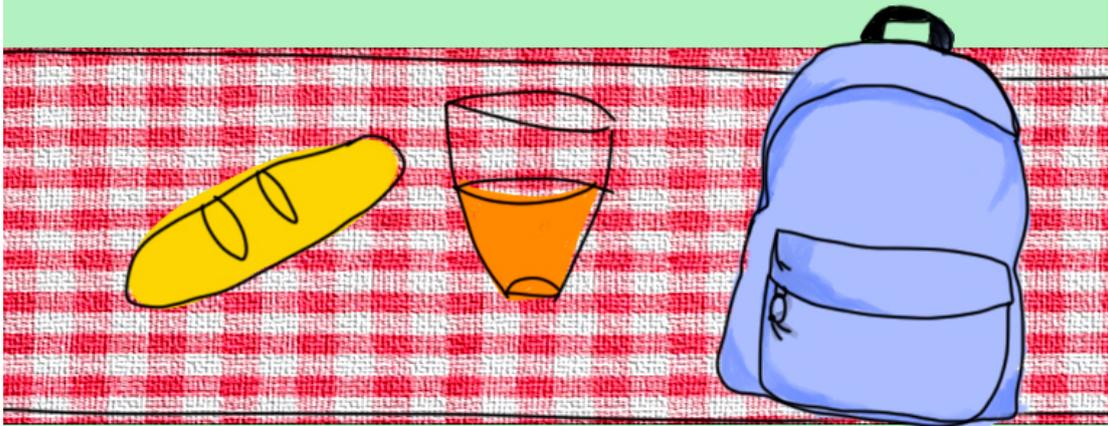


Viento

M. S. Arteaga

Viento



M. S. Arteaga

Capítulo 1

Por las mañanas iban juntos a la escuela y conseguía que la idea de sentarse en clase durante tantas horas resultara menos mala. Al regresar a casa, muchas veces lo colocaba debajo del brazo porque iba andando con su amigo y eso también lo disfrutaba. Vivía más lejos que él, así que después de despedirse, lo montaba el resto del camino de vuelta.

Allí no se sentía tan mal como en el colegio, pero no podía deslizarse. Aprovechaba para añadirle grasa a las ruedas y darles golpecitos con la mano, cuanto más rápido y más tiempo giraran, mejor. Otras veces se colocaba sobre la resistente madera, practicaba a inclinarse hacia los lados moviendo la cintura, como si estuviera volando. Cuando le llamaban, bajaba corriendo a la cocina.

El zumo solía ser de naranja, a veces le añadía papaya y estaba más rico aún. Siempre le gustaba el bocadillo: de tomate y aceite, de pimientos, tortilla o calamares. Cada día podía ser una sorpresa, e incluso cuando se repetía el ingrediente descubría sabores nuevos cada vez. La comida del comedor tampoco estaba mala, pero le faltaba algo.

Después subía, tomaba un trapo y lo limpiaba por debajo, le quitaba suciedad y piedras pequeñas de los ejes. Si se acercaba, podía oler la tierra o la hierba según se desprendían. Una vez pasó por encima de una caca y olía tanto que su madre tuvo que tirar el trapo, sustituyéndolo por una camiseta vieja y descolorida que tenía la palabra holidays escrita, le hacía gracia recordar aquella historia.

Cuando terminaba la limpieza lo apoyaba de pie contra la pared, examinaba su trabajo. El samurái pintado acumulaba ya unos cuantos arañazos y le faltaba la rodilla derecha, pero por lo demás se veía impresionante y quedaba limpio, a punto para mañana. ¡Mañana! En ese momento solía recordar que tenía tarea pendiente y se ponía inmediatamente, algunos días le gustaba, lo pasaba bien haciéndola, pero otros la dejaba a medias y se ponía a leer un cómic sobre agentes secretos patosos o el de los gemelos traviesos.

Casi siempre se levantaba excitado pero con sueño, tomaba una infusión de salvia con un buen trozo de bizcocho de fruta y se preparaba para el momento. Les daba un beso en la mejilla y desde que la puerta se abría saltaba a su lomo con agilidad.

Podía notar la brisa, el débil calor del sol, el aroma de la ciudad despertando. Se conocía el camino a la perfección, pero eso no evitaba llevarse algunos sustos. Al pasar la primera avenida y llegar al parque, las baldosas pasaban a tener un surco grande en su dibujo y si quería no caerse tenía que ganar velocidad. Siempre que prestaba atención lo

lograba, pasaba por encima de ellas con un satisfactorio clac-clac-clac y llegaba a la carretera. El asfalto le permitía rodar bastante bien, pero los coches le daban miedo, tanto le habían repetido la advertencia. Imaginaba bólidos pasándole por encima y rompiéndole las piernas o algo peor, pero eso nunca ocurrió. Al cruzar con diligencia llegaba a la parte que más deslizaba de todas, era entonces cuando inclinaba su cintura e iba de un extremo a otro, serpenteando. Cerraba los ojos mientras zigzagueaba sobre lo que parecía una capa de hielo y jugaba a dejarlos cerrados el mayor tiempo posible, calculando mentalmente cuánto quedaba para la bajada final. Una vez los dejó cerrados de más y se dio de bruces, pero últimamente los abría justo a tiempo para flexionar las rodillas ligeramente y abrir los brazos, surcando el aire a toda velocidad. Compañeros mostraban admiración al verlo llegar y eso le gustaba.

A menudo lo que le contaban parecía falso y se aburría con las explicaciones, entonces simplemente lo miraba desde el otro extremo de la clase y el día le pasaba más rápido, eso le ayudaba. Si lo llevaba agarrado se sentía confiado y seguro, cuando lo montaba, libre, y le gustaba llamarlo Viento.